

editorcronicas@comercio.com.pe

contracorriente

POR DAVID HIDALGO VEGA



VISITAS. La antropóloga musical estadounidense Yvonne Daniel ha investigado el significado de las danzas afroamericanas. Sus viajes por Haití, Cuba y Brasil han derivado en interesantes libros. Días atrás llegó a Chíncha, símbolo de la negritud peruana, para empaparse de su folclor

FOTOS: RICHARD HIRANO



TESTIMONIO. Yvonne Daniel llegó por invitación del Icpna y la Embajada de Estados Unidos como parte de las actividades por el mes de la cultura afroamericana en su país. Aquí conoció experiencias en El Callao y Chíncha.

En busca de las raíces negras

Las palabras eran extrañas, pero me recordaban que los Iwas haitianos (espíritus del vudú) eran protectores magnánimos, con talentos, preferencias, fortalezas y quejas, fastidios y errores parecidos a los humanos. La comunidad ritual puede herirlos y ellos pueden tomar represalias dándoles menor atención [...] Los Iwas a menudo estaban felices, pero a veces se entristecían, como en este canto, y daban instrucciones a los creyentes para su propia comodidad y la comodidad de los devotos danzantes. [Haití] ()*

En la liturgia de los bailes rituales, los quiebres de cadera o el movimiento de hombros son parte de un lenguaje de señas. Yvonne Daniel sabe interpretarlo. Ha pasado años siguiendo el rastro de la diáspora africana en América. Esa travesía, que le ha tomado una vida, la ha llevado muchas veces por los centros neurálgicos de la negritud continental: de Haití a Cuba, otras islas del Caribe y también a Brasil. En cada lugar ha estudiado las danzas ligadas a las naciones que las interpretan, pueblos negros que conservan sus identidades atávicas. “El cuerpo y la danza son medios de resistencia”, explica es-

“Muchos creen que el vudú es brujería, pero en verdad es la filosofía de nuestros ancestros africanos”

ta mujer que ha hecho del suyo un instrumento de traducción.

Días atrás, Daniel vino al Perú para conocer esta rama. Mónica Carrillo, una joven líderesa afroperuana, la guio por los reductos de la negritud nacional. Así visitó Los Barracones, donde opera un proyecto de Lundú —una ONG de promoción social y lucha contra el racismo—. Entonces, frente a un grupo de jóvenes negros, Daniel contó que su interés tiene mucho de autobiográfico. Su familia es de origen afroamericano y ella creció en los años sesenta, una época en que esa condición suponía escasas ventajas. “Aunque logré una educación privilegiada, por mi esfuerzo, nunca tuve conciencia de mi herencia



EL CARMEN. En la cuna afroperuana observó y practicó algunos pasos tradicionales. Se propone regresar por más.

cultural. Parecía algo imposible: estábamos tan lejos de África y éramos apenas el 10% de la población de EE.UU., que nadie imaginaba esa conexión. Al menos hasta los años setenta, cuando Alex Haley, con su libro “Raíces”, y otros investigadores demostraron que se podía encontrar el camino”.

Yvonne Daniel estudió ballet y piano clásico. Pero un interés creciente la llevó a buscar literatura, estudios más profundos. Un ejemplo que la cautivó fue el trabajo de Katherine Dunham, una famosa bailarina y antropóloga que desarrolló una técnica de danza en base a rituales que investigó en Haití. Daniel decidió buscarla en ese país para pedirle orientación. “Me dijo: Mis estudios están representados en mis coreografías”, recuerda. Quedó convencida de iniciarse en la antropología del baile.

Daniel regresó varias veces a lo largo de los años. “La raíz de lo africano en las Américas está en Haití”, señala sobre la fascinación que la atrapó. Su fuente de información fue el vudú. Ella logró que se le permitiera ingresar a sus ritos e incluso pudo filmarlos. Fue testigo de ardorosos bailes, estados de éxtasis que incluso la afectaron. En una de esas ceremonias, la mambo (sacerdotisa) le regaló un pañuelo azul y le sugirió que rezara todos los mar-

LA FICHA

Nombre: Yvonne Daniel, bailarina y antropóloga.
Trayectoria: Profesora emérita de Danza y Estudios Afroamericanos en el Smith College de Massachusetts. Ha publicado “Rumba, danza y cambio social en Cuba contemporánea” y “Conocimiento encarnado en el vudú haitiano, yoruba cubano y el candomblé bahiano”.

tes a Ezili, la diosa del amor, para tener su gracia. Minutos después, mientras seguía filmando, escuchó la voz de Ezili como si le estuviera hablando al oído. Le estaba explicando la ceremonia. A pesar de esa experiencia, ella rechaza el estereotipo que pesa sobre esos ritos. “Muchos aún creen que es brujería, pero es la filosofía de nuestros ancestros”, explica.

La danza combinada con la música era para Obatalá (el padre de todas las divinidades, el juez de todas las cosas), Ochún (guardián del amor, del agua del río, la sabiduría femenina y enterado intérprete de las prácticas divinas de Ifá) y Yemayá (madre de todas las divinidades, del agua del mar, criada-

ra y protectora). Para Obatalá, la danzante estaba toda de blanco, como hubiera estado para la haitiana Ezili, [...] Era una danza sencilla, llena de la elegancia y majestad de Obatalá. [Cuba]

La visita al Perú le trae una sorpresa: uno de sus acompañantes será Roberto Borrell, maestro cubano de baile que fue su guía por los caminos del folclor yoruba. El reencuentro es crucial: Cuba ha sido su segunda fuente, aunque no por eso menos fértil. Daniel llegó a integrar el Conjunto Folclórico Nacional de ese país, donde primero estudió los cantos y bailes yoruba y luego pudo enseñar. “Yo tenía el conocimiento de Haití, eso les interesaba”, recuerda. De hecho, una de sus experiencias más interesantes fue una visita a una comunidad de inmigrantes haitianos que conserva sus ritos intactos.

Recorrió tres veces la isla. Al principio vivió en un hotel, pero luego consiguió alojarse en casa de una conocida. Tuvo que superar la desconfianza que le tenían por ser estadounidense. “Como antropóloga, necesito estar en contacto directo con la gente. Así pude conocer de primera mano las cuatro naciones que subsisten en la isla”.

Su inmersión fue tan profunda que llegó a pedir la iniciación en los

ritos yoruba. “Tenía una madrina que me iba a conducir por los nuevos caminos, pero diversos imprevistos truncaron la posibilidad”. Alguna vez tuvo la idea de continuar la iniciación en Brasil, donde continuó sus investigaciones. “Pero eso significaba renunciar a todo lo anterior y preferir no hacerlo”, refiere.

Apenas entramos fui presentada a la Iyalorishá (sacerdotisa) y ella me habló del acuerdo con Narcis para que yo pudiera grabar en video todo aquello que transpirara [...] La Iyalorishá me miró directamente a los ojos, escuchó mis saludos y explicaciones en portuñol (mezcla de portugués y español), y me observó muy de cerca mientras yo escuchaba su portugués. Le di un beso ritual en la mano y ella salió de la habitación para preparar las incontables cosas que ella y su familia debían terminar antes de que empezara la ceremonia [Brasil].

El grupo Lundú organizó para ella una muestra de baile en El Carmen. Era un número de festejo. Daniel observó los movimientos y en cierto momento los repitió con sorprendente habilidad. En seguida preguntó por más ritmos, por rastros de las religiones antiguas, por significados perdidos. “Mi inte-

“Aquí visitó Los Barracones. Ante un grupo de jóvenes negros contó que lo suyo es un interés autobiográfico”

rés es encontrar el fundamento religioso de las danzas, pero también su dimensión económica e incluso política”, explicó un curioso. Minutos antes había mostrado el video de una danza negra de Martinica llamada *Bélé*, cuyo origen real es europeo. “Al estudiarla se entiende el mensaje del negro hacia el blanco: yo soy como tú, bailo como tú, incluso mejor que tú. Es un ejercicio de rebeldía”, precisó. Los detalles eran sugerentes y, sin embargo, el tiempo interrumpió la danza. Ella prometió regresar para retomarla. Algo le ha dicho que aquí hay un camino más. ■

(*) EXTRACTOS DEL LIBRO “CONOCIMIENTO ENCARNADO EN EL VUDÚ HAITIANO, YORUBA CUBANO Y EL CANDOMBLÉ BAHIANO”.